Crítica de libros

AMAZONA, *Gerardo Diego.* Colección "Ágora". Madrid, 1955. Premio Larragoiti, 1955.

El premio "Larragoiti", últimamente otorgado, correspondió a este libro de Gerardo Diego, que forma el volumen VI de la flamante Colección "Ágora". Es un libro digno de premio y—lo más importante—digno de Gerardo Diego, no obstante la dificultad que entraña la propia superación en un poeta de tan sólidas e inaccesibles consecuciones. *Amazona* es un libro de poemas de amor en meditada transición y reposo, en el que morosamente se citan, se reúnen todos los s a b i o s recursos inveteradamente gustados en sus inolvidables libros precedentes *Alondra de Verdad, Versos Humanos, Manual de Espumas*... Poesía sólida, de límpida arquitectura, funambulesca, rizando el rizo, homologando rimas caprichosamente sobre un mismo verso para dárnoslo más rico en sugerencias y efectos, consonantando las voces hermético y seguro sobre los más híspidos y mínimos apoyos, sin que ningún vértigo, ante el abismo del ripio, le haga vacilar y errar en lo más puro de su concepto y de su inspiración. Ese es Gerardo (utilizo sólo el patronímico porque Gerardo es ya un símbolo para nuestra generación poética), siempre renovado, siempre sabio, ni retórico ni escuálido, sino puro, poderoso y como microscópicamente burilado en sus versos. Porque Gerardo es un enamorado del lenguaje, un especulador de todos sus efectos, de todas sus soluciones tácitas, sugeridas, potenciales. Inventa y perfecciona sobre los sonidos, encrespa las formas verbales, los adjetivos de vulgar significación típica, reconceptuándolos, haciéndolos funcionar con distintas corrientes para contemplar la enorme elasticidad de su castellano. Juega con el idioma como niño con muñecos, crecida su lúdica y honda curiosidad hasta el desgarramiento de los, en su pluma, dúctiles vocablos para la sabia contemplación de sus tripas filológicas.

No cabe mayor taumaturgia—y aquí puede más su sabiduría que su pura intuición poética—en la creación del maravilloso poema "El doble elegido", en el que arranca asombrándose de su condición de poeta descubridor de un mundo *recién creado* para que alguien lo ame y lo interprete y lo transvase a su conciencia. Y resulta que *ese alguien* es el propio poeta creador.

> ¡Qué raro es ser poeta!
> Encontrarse de pronto una mañana
> con el mundo feliz, recién creado,
> piando, balbuciendo,
> para que alguien le bese y le descifre.
> Y ese alguien, el llamado
> —¿es posible?—soy yo.

Y luego, paralelando el concepto sobre la misma arquitectura, deriva por la senda del amor y se extraña de vivirse amante en la hora capital del arrobo, en la que estalla la dicha en un grito de felicidad casi trágica. La poesía existe en el amor puro y el amor se radica en la pura poesía. El poeta detecta esta inversión de símbolos y se sospecha *el doble elegido,* porque en la Poesía y en el Amor, él es siempre el ente ambicioso y glotón en

que pasivamente todo revierte, el que doble y constantemente protagoniza sus dos mundos inefables.

No es preciso elegir en este arsenal de asombrosos hallazgos. El poema "Porque la luna es una", por ejemplo, sirve como paradigma de lo que pueden ser ocho estrofas concebidas con un rigor, una pureza, un dibujo tan definitivo, tan acrisoladamente ceñido, que no sobra una sola letra ni se desmaya, en un solo momento, una de sus bellas ideas poéticas. Son ocho reglas líricas de un corazón en estado de gracia pidiendo para su dicha el testimonio de la luna; pidiendo que ella sea el escenario de su amor, el motivo de su deseo para poder hallarse con su amada en su rotunda unidad astral. Es el octavario de un enamorado que alude a la sombría espalda de ese mito redondo y luciente, en cuya sombra quisiera rondar. Y este deseo le proporciona, derivándolo a la corporeidad de la amada, la más expresiva y lírica de las imágenes del poema:

> porque quiero envolverte
> y ver cómo es de oscura
> la espalda de tu muerte.

Sigue incidiendo en la unidad de la luna hasta proclamar que la luna del agua es la engañosa y la del cielo, la cierta, y abrocha el octavario reverdeciendo el eco de una antigua canción de cuna, pura recreación y superación del recuerdo, diciendo que su amor no tuvo cuna en su nacimiento y que la busca y la pide para cargar en ella su leve sueño. *Durmámosle en la luna,* resume al final. La delicadeza de este poema es incontrastable.

En la imposibilidad de extenderme, anoto, por último, una impresión sobre "Canción", donde se prodiga con tan estudiada maestría en una especie de tercetos encasílabos, en principio monorrítmicos en los versos externos, que, pese a la dificultad meditada con que se escriben, conservan fresco e intangible su contenido poético, siempre impune, siempre exento y con lírica bula para todas las travesuras y los voluntarios peligros a que gusta de someterse el poeta de *Angeles de Compostela.*

Renuncio a seguir glosando este libro de Gerardo nacido de sus manos nobles y alongadas, nerviosas y elocuentes, como fugitivas del teclado, donde también se prefieren y se alan. Su voz poética es una talla exacta y reciamente nerviada, desenvuelta en la copla, eurítmica en el soneto, clásica, arquitectural o violenta y novísima. Gerardo Diego, poeta humano en su trato, sin golas profesorales, amigo y compartidor de noticias, *puesto al día, a la page,* en todas las inquietudes del momento, es uno más, desde su magisterio, entre los jóvenes con los que prodiga su amistad y su palabra. Creo sinceramente que la juventud le debe un firme homenaje a su talento y, sobre todo, a su lealtad para con ella. — José Gerardo Manrique de Lara.

LA RED, *José García Nieto.* Colección "Ágora". Madrid, 1955.

José García Nieto ha llegado a un evidente grado de madurez poética, en el que, después de alcanzar para su verso magistral perfección y belleza expresiva, ganó para su poesía gravedad y calor humano. De no querer permanecer en una perezosa clasificación superficial, pudo comprobarse esto en *Tregua,* publicado en 1951. Significaba *Tre-*

gua una evolución del poeta hacia la reflexión, la verdad profunda del hombre y de las cosas. Serenidad, perfección, exquisitez, son virtudes que acompañaron siempre al autor y que no declinan en el tono más emotivo de su obra, añadiendo a ellas una suave tristeza.

Acaso esta tristeza se ha hecho algo más amarga en el nuevo libro, *La red,* y se ha intensificado también el sentimiento religioso, de claridad católica, que informa toda la primera parte y aun la segunda: "Sonetos por mi hija". La vida atando y desatando cabos, dejando al hombre a la vez libre y cautivo. La partida de fuerte postura que se juega entre Dios y el hombre, en la que éste no puede ganar sino prestándole Aquél amor para ganarle. Y el misterio diario de la vida, de la estirpe humana sucediéndose, en manos del Hacedor Supremo, que preside los hermosos, ya citados, "Sonetos por mi hija", entre los que están algunas de las más logradas piezas del autor, como los titulados "El Hacedor" y "Todavía en silencio". Otros temas muy característicos suyos motivan diversos sonetos, tal el del Guadarrama, a cuyo paisaje vuelve el poeta contrastando frente a él su propia mudanza.

En las dos últimas partes del libro—libro vario, aunque trabado por un acento peculiar—se incluyen poemas de mayor extensión y forma más libre: casi coloquial en algunos momentos. La expresión de este tipo de composiciones está menos ceñida y en ella no se logran esos toques de feliz hallazgo intuitivo con que García Nieto rubrica frecuentemente otros poemas. Sin embargo, la verdad es que en estas "Oda y Elegía" y "Tres cartas" están, a mi entender, los dos poemas más importantes del volumen: la "Carta a José Luis Prado" y la "Carta a Gabriel Celaya". En ellas —distintas entre sí—García Nieto se plantea problemas esenciales sobre la poesía y la vida, la eficacia y la misión de la obra individual, el destino del poeta, su humildad y su soberbia. La segunda representa una postura humana, e, implicada en ella, una postura social, que parte del individualismo, desde la soledad absoluta del poeta, y lo sitúa como minoría entre una masa que jamás llega a él. Esto puede tener tanto de modestia como de orgullo. Pero no voy a tomar partido, que tampoco sería esta nota el lugar adecuado. En cualquier caso, el haber elegido como destinatario a Celaya, que es el defensor máximo en España hoy de una poesía colectiva y al servicio de un destino común, presta al poema de García Nieto mayor sentido e intención como de posiciones antagónicas.

Los "Sonetos por mi hija" y la "Carta a Gabriel Celaya" son, para mí, poética y humanamente, los centros de gravedad de este nuevo libro de un poeta en plena madurez.—Leopoldo de Luis.

TIERRAS DE ESPAÑA, *Ramón de Garcíasol.* Colección "Adonais". Madrid, 1955.

Pocos libros, en el tema de paisaje de España, tan entrañados, tan auténticos como éste de Ramón de Garcíasol, que nos ofrece en una tercera faceta de su poesía—después de la inquietud existencial, motivada en la problemática del hombre, que sustancia sus dos primeros li-

bros, y de la grave sencillez lírica de *Canciones,* esta emocionada visión de las tierras españolas. Poesía una en su trinidad; poesía que, dando en esta variedad prueba de su riqueza y de su matización, confirma su auténtico manantío, su estirpe de la mejor ley, y sigue una línea de inequívoca personalidad.

Porque la profunda gravedad humana que sustancia los versos y el serio aplomo con que éstos dicen lo que quieren decir, sin perderse en vacuidades de brillante artificio, equilibrando la intuición y el sentimiento, están en estas páginas como refrendadas credenciales de este poeta ya bien conocido.

Las "Tierras de España" que aquí se cantan son tierras de la Meseta y tierras de la llanura de la Mancha. Tierras de Castilla, en fin. Pero acaso mejor que decir *se cantan,* sería decir *se viven,* porque el poeta las atraviesa como echando raíces en ellas. El poeta ahonda en el alma del paisaje como en su alma misma, y profundiza hasta el dolor, hasta la verdad, hasta más que el simple conocer, porque ya él mismo dice: "es más que conocer el conocerte", es "oír entre los huesos ese viento", que es el viento "de la vida y de la muerte". Y aún afirma, versos más adelante, la imposibilidad de desunión, de abandono de este pedazo de suelo patrio, porque

> ...no puedo
> renunciar si primero no renuncio
> a mí y a mis raíces y a mi entraña.

Es la total dimensión de la geografía, que lleva dentro historia y con la historia vida y muerte, la que sube a la emoción de estos poemas. Vegetal, humana, cósmica verdad que cabe hasta en el pan que se come despacio:

> Me sabe el pan de harina molinera
> a siempre, a nunca, a siempre. En él [suspiran
> brotes de ayer, donde el mañana espera.

Los elementos expresivos están manejados con una eficacia de madura maestría. Véase, como un solo ejemplo de los que se multiplican en el libro, estos versos donde la enumeración asindética, seguida de un polisíndeton que repite casi exactamente los elementos paisajísticos:

> ..., tierra, barro,
> adobe, barro, nube, polvo, tierra,
> y tierra y piedra y polvo y nube y sierra.

evoca plásticamente el camino a través del campo castellano. Hay piezas del volumen—tales "Castilla", "Avila", "Toledo", "El chopo del Clamores", "Los muertos", "El Toboso", "Las aspas del molino"...—que yo considero como de los mejores poemas dedicados a estas tierras patrias. Porque desde don Antonio Machado no se ha escrito sobre el tema de Castilla con la tensión y la autenticidad con que ahora lo hace Ramón de Garcíasol en este libro tan penetrado de esencias españolas, que a él mismo le van los versos de su soneto "Argamasilla": una fiesta popular en la plaza, Cervantes al fondo, "y mientras baila el pueblo, se hace... el libro más de España".—Leopoldo de Luis.